

PREGON



Fiestas de Las Nieves 2003
VILLA DE AGAETE

**Pregón de las
Fiestas de Ntra. Sra. de Las Nieves.
Villa de Agaete, 2003**

(Pronunciado en el Huerto de Las Flores el día 26 de julio)

JOSÉ DE ARMAS DÍAZ



Agradezco en primer lugar el honor que se me hace al elegirme para pregonar estas Fiestas. Es asunto que me place hacer en el día de Santa Ana, la madre de la Virgen, que para mí es un nombre muy familiar y que además me trae, inevitablemente, el recuerdo del escultor agaetense que talló su imagen para el altar mayor de nuestra Catedral, que la tiene por Patrona, y al cual – como hago todos los días– quiero rendir también hoy homenaje y dedicar este pregón de su adorada Virgen de Las Nieves.

Me place hacerlo, además, en este recinto sagrado del Huerto de Las Flores, cuya fragancia tropical inundó los días y las noches más felices de mi niñez; aquéllos despertares con el trinar de los pájaros y el parpadeo de los rayitos de sol a través de las hojas de los frutales, que penetraban por la celosía; y detrás, la bulla de las pescadoras, debajo del arco. Aquella sensación de perenne humedad porque don Francisco tenía ordenado que al Huerto no le faltara agua aunque no la hubiera para los plátanos. Aquellas noches impregnadas de resina de mangos, guayabos y pitangos, mezcladas con el acre olor a sangre del agua de los Berrazales, aromas que se encarnaban en los brazos acariciadores de María Guayedra cuando venía todas las noches, cubierta con su mantilla canaria, acompañada de otras mujeres, a rezar el Santo Rosario, arriba, en la terraza...

Aquéllas cosas y muchas más, que han condicionado nuestra manera de ser y de percibir las categorías estéticas de la naturaleza, no se pueden olvidar.

Y me place, en fin, estar aquí hoy y dirigirles la palabra y las ideas, porque lo considero un servicio, servicio a la Virgen de Las Nieves y a mi pueblo.

Me gustaría ser un investigador con suerte para haber traído esta noche algún dato inédito que abriera nuevas perspectivas al cono-



cimiento de la historia de nuestra Villa. Me gustaría ser un apóstol con el carisma de los apóstoles del siglo I para infundir en vuestro entendimiento la raíz profundamente religiosa de nuestra fiesta y decir dignamente a la Virgen de Las Nieves cuánto la queremos. Me gustaría ser, al menos, un artista de la palabra, un poeta, un orador para prender un fuego bello que ardiera con entusiasmo emocionado en los corazones de los agaetenses durante estas fiestas.

Pero como no soy ninguna de estas tres cosas, tomaré como pretexto la excusa de hacer un pregón práctico, centrado pretenciosamente en dos cuestiones.

La Torre y la Casa Fuerte

Ya sabemos que Agaete y sobre todo los cauces altos del barranco y los riscales de Bisbique y Maninidra, de Guayedra y Tirma, fueron lugar de importantes asentamientos prehispánicos. Ya sabemos que los primeros europeos de que tenemos vagas noticias en el sitio, fueron unas misiones de franciscanos mallorquines y quizás portugueses, durante el siglo XIV (asunto sobre el que volveremos más adelante). Pero no es la época prehispánica lo que me interesa ahora.

Con respecto a la historia de la Villa, hay un asunto que me obsesiona casi desde que tengo uso de razón. Siempre me intrigaron dos nombres de nuestra toponimia: La Torre y la Casa Fuerte, también llamada Casa Roma. Desde el más sabio hasta el más ignorante, cualquiera de nuestros paisanos sabe donde están estos dos lugares, pues la tradición popular los señala desde siempre con esos nombres, reforzando, indiscutiblemente en este caso, el valor científico de la tradición oral como auxiliar de la Historia.

Leemos en uno de nuestros más antiguos histofiadores: *"...mando Pedro de Vera embarcar lo necesario, y rodeando la ysla hallo por puerto capas el del Gaete serca de la plaia hallo una buena, y grande casa capaz que era de fama ser fabrica y havitacion de los mallorquines, que estas yslas frecuentaban antes de la venida de Juan Betencourt por el año 1360 en adelante como diximos en el libro primero esta llamaban los canarios Roma, es quadrada de a 25*



pasos quadra, por de fuera tiene muchos paredones, y casillas llenas de huesos de gentiles; es toda de piedra sola igualmente puestas las piedras que paresen de una sola, tal es su igualdad, y ajuste sin mezcla de varro ni tierra de grueso de dos varas o siete palmos mui largos, de ella al mar se sigue un paredón con saeteras a modo de muralla la puerta angosta a la parte del sur en ella se fabrico el fuerte sirviendola de tapias, y maderos de tablas de palma, y en dos meses se acabo. Puso en ella Pedro de Vera veinte hombres, y por alcaide a el capitan Alonso Fernandez de Lugo dejandole la orden mas conveniente dio la vuelta a el Real de Las Palmas..”

Esto sucedía en septiembre de 1481. Aunque sea de paso me referiré a una noticia que dan también nuestros primeros historiadores: Por aquellas fechas apareció, enterrada en unos cascajos, una imagen de barro de la Virgen, que probablemente habían dejado los franciscanos mallorquines, que tenía la cabeza del Niño quebrada, y que nuestro primer alcalde colocó en la Torre, tomándole mucha devoción; hasta el punto de que cuando salió de Agaete como Adelantado de la conquista de La Palma, trece años después, en 1494, la llevó consigo, dejándola definitivamente como Patrona en aquella isla. Sin embargo, la advocación romana de Las Nieves –tan preciada en el mundo del primer Renacimiento- permaneció entre los primeros soldados y canarios que quedaron en Agaete formando el primer núcleo poblacional de nuestro pueblo, hasta que unos años después, sobre 1535, Antón Cerezo funda la Ermita y entroniza el glorioso tríptico que hasta hoy veneramos.

Pocos pueblos –ni siquiera capitales como Las Palmas de Gran Canaria– pueden tener más clara la localización del punto exacto donde nacieron. Sin embargo el origen hispánico de Agaete está señalado con una toponimia, concretada en las primeras fuentes documentales, que ha llegado intacta hasta nuestros días.

Pero siendo esto bastante raro, lo más extraño es que esos lugares se hayan mantenido milagrosamente vírgenes durante 522 años. Apenas se ha movido el suelo en la superficie con motivo de los sucesivos cultivos agrícolas. Afortunadamente todavía no han sido cubiertos por la fatalidad del cemento y del asfalto.



El sitio está pidiendo a gritos una excavación especializada en todos los alrededores, en busca de indicios y restos arqueológicos aborígenes e hispanos, que han de estar diseminados en el subsuelo en todos los terrenos baldíos aún. Esos trabajos deben emprenderse ya, antes de que se continúe hacia el mar la inevitable, inminente y deseable urbanización de todos aquéllos solares. Más tarde, las labores de excavación serían precipitadas y defectuosas, además de entorpecer y retrasar legítimos intereses particulares y públicos, o lo que es peor: no se acometerían, imperdonablemente.

La Casa Fuerte –me imagino que reconstruida en los siglos XVII o XVIII, pero seguro que más o menos con las mismas trazas primitivas- sigue aún en pie, con los mismos o muy similares estancias, accesos, caminos, acequias y servicios que debió tener al principio.

La Casa, propiamente dicha, pequeña, sin techos y arruinada en la actualidad, modesta pero noble en su austeridad, como eran las construcciones de entonces, cuenta sin embargo con elementos y testigos suficientes para acometer una restauración (y nada más que una restauración, por Dios). La Casa Roma, entre cuyos muros estuvieron, sin duda, Fernando Guanarteme y las Guayarminas, los Vera, los Herrera, los Peraza, los Trejos, los Cerezos y Palomares, los Cairascos...y todos los personajes del Medievo y el Renacimiento canario, sigue en pie desafiando los siglos, orgullosa, altiva, acusándonos a todos nosotros de una desidia incomprensible.

Una vez restaurada la Casa, tendría que montarse en ella un sencillo y digno museo de sitio, con aportaciones de piezas prehistóricas e inmediatamente posteriores, mobiliario y documentación de la época, hoy en poder de colecciones particulares, los cuales no dudarían en donarlos o depositarlos para ese menester, y yo tendría el honor de ser el primero. Ello resaltaría la dignidad y la importancia primordial que Agaete, y ese sitio concretamente, tuvo en la Historia de Canarias y por lo tanto de todo el ámbito atlántico, que hoy conocen solamente los historiadores y algún curioso. Y téngase por seguro que, además, sería un riguroso centro de atracción para estudiosos y un hito imprescindible para visitantes y turistas.



No quiero que falte el recuerdo agradecido a un amigo galdense que compartió con nosotros esas preocupaciones y que hizo de ellas el centro de su vida, y de Agaete y su prehistoria el objeto de los trabajos más serios y rigurosos de la arqueología canaria: Celso Martín de Guzmán.

Es una inquietud que he expuesto con vehemencia a todos y cada uno de los alcaldes que ha tenido el municipio, y todos parece que lo han comprendido, pero no se ha hecho nada, al menos que se note, que se vea o que se sepa.

A mi juicio nunca se habían dado unas circunstancias tan propicias para determinar felizmente el futuro de estos sitios: Una alcaldía flamante que comienza su mandato; la Consejería de Patrimonio del Cabildo Insular bajo la responsabilidad de una hija del pueblo; la Consejería insular de Cultura y Patrimonio Histórico ocupada por un hombre especialmente sensible con estas problemáticas; el Rector de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, catedrático de Historia Moderna, que tiene más que acreditada su querencia por la Villa, su historia y sus fiestas, motivo por el cual fue nombrado hace un año Hijo Adoptivo. Todos ellos, D.m., con unos cuantos años de mandato por delante. Además de que el pueblo cuenta con un elenco de historiadores (arqueólogos y documentalistas probados), naturales y vecinos de la Villa.

Hoy quiero pregonarlo, pregonarlo públicamente, valga la redundancia, con la intención por un lado de que el pueblo se entere de lo que está en juego, y por el otro con la súplica de que todas las autoridades implicadas se determinen a oír, escuchar, entender, comprender y hacerse cargo de la llamada de auxilio de este modesto pregonero que se ufana en pedirlo en nombre de la Historia de la Villa y de Gran Canaria.

La Fiesta de Ntra. Sra. de Las Nieves y La Rama -

La segunda obsesión que deseo hacer patente, y que según tengo entendido preocupa a gran parte de nuestro pueblo, es por un lado la naturaleza religiosa de la Fiesta de Las Nieves y por otro el sesgo desvirtuado y creciente de absoluto protagonismo que viene tomando La Rama en las últimas décadas.



En primer lugar hay que repetir una vez más –como lo han hecho la mayor parte de los pregoneros- que estas fiestas son las Fiestas de Nuestra Señora de Las Nieves y no la “Fiesta de la Rama”. ¿O es que los invitados de afuera –con gran responsabilidad de los medios de comunicación- le van a cambiar el nombre y nosotros lo vamos a consentir?

La Fiesta de Las Nieves gira en torno al día 5 de agosto, día de la Virgen, y por lo tanto el acto principal del Programa siempre fue, y afortunadamente sigue siendo, la solemnísimas procesión de la subida desde la ermita hasta la Iglesia Parroquial de La Concepción. Aún emociona ver los grupos de fieles que, procedentes de todos los puntos de la Isla, peregrinan desde la madrugada por las carreteras y campo a través para postrarse a los pies de la Virgen, dando y pidiendo gracias. Aún sigue siendo la procesión la mayor concentración sincera y espontánea de todos los agaetenses, sin discriminación. Y el continuo homenaje de visitas devotas que recibe la Señora todos los días durante la bellísima novena; y la vuelta a la ermita el día 17 de agosto, arropada, amorosa e íntimamente, por el pueblo.

Después y sólo después –aunque tenga lugar el día anterior- es la Bajada de La Rama y, la noche de vísperas, La Retreta.

Prescindo también en este caso de los indudables orígenes prehispánicos de ciertos ritos, también religiosos al parecer. Es materia bellísima de estudio, documentada por los primeros cronistas y todos los historiadores que han sido, poetizada por los pregoneros y machaconamente repetida por todos. Y no está mal que se recuerde, siempre y cuando no se pretenda dar un salto atrás de más de medio milenio para hacer de aquéllos rituales la razón y el centro de las Fiestas de Las Nieves en la actualidad. No somos, no debemos ser tan cavernícolas ni tan retrógrados.

La imaginación, la poesía, la creatividad artística, las suposiciones, los buenos deseos, son categorías muy respetables. Pero la Historia no tiene nada que ver con esto. La verdad histórica hay que desmitificarla.



La similitud de aquellos rituales en petición de agua relatados por los primeros cronistas de forma genérica –sin que los vincularan exclusivamente a Agaete–, hacen suponer, efectivamente, cierto hilo de continuidad atávica de costumbres paganas, que con los años se fueron cristianizando, como ha ocurrido en tantos lugares con otros festejos, pero no hay la más mínima prueba documental, ni siquiera de tradición oral.

Sesudos estudiosos han buscado con indudable interés científico el nexo entre aquéllos ritos prehistóricos y La Rama actual. Y no han encontrado ninguna prueba.

La Rama no tiene una antigüedad documentada más atrás de los comienzos del siglo XX, que se desarrolló, eso sí, en Agaete y nada más que en Agaete, aunque últimamente se ha copiado en muchos sitios. Su recorrido parece que siempre fue el mismo. De entonces parece datar también la creación de la peculiar banda de música, mucho más tarde desdoblada aquí y multiplicada por muchos municipios, con su típico repertorio de himnos y pasacalles también muy característicos, tales como *El Campeón*, *Soldado de España* y *La Madelón*, a los cuales se han ido añadiendo con el tiempo otras partituras, algunas no muy adecuadas.

Quiero entretenerme sólo un momento en dedicar una pincelada a La Diana. Hasta muy recientemente no existían las “verbenas de amanecida” con todas sus consecuencias. La Diana era un ligerísimo recorrido musical en el que se interpretaban las piezas *Aromas de Enguera*, *Aromas del Morós*, *Quinto levanta* y *Begoñi*. Al amanecer pasaba despertando al pueblo, y cuya fanfarria electrizaraba a la chiquillería bajo las sábanas, desperezando en los espíritus la disposición fiestera. Nunca se bailó. Recuerdo con verdaderos escalofríos su indefectible parada aquí, en el Huerto, en un gesto de viejas cortesías, que eran correspondidas con un brindis de dulces caseros acompañados con ron o mistela para los músicos, y que servíamos los niños.

Los primeros papagüevos y farolas (para La Retreta) de que se tiene noticia los confeccionó don Juan de Armas Merino, de quien se cuenta que en 1917, en plena hambruna propiciada por los blo-



queos de la Primera Guerra Mundial, llegó a malvender una finca para poder celebrar las Fiestas de Las Nieves, cosa que no tenía nada de particular en él, porque era capaz de eso y de mucho más. Siguió la tradición hasta 1936 (¡ay Agaete y 1936!) César "el de Juan Tadeo". Luego tomó el testigo un grupo de muchachos dirigidos por don Augusto Esparza; después Carmelo "el de Herminia"; más tarde Cirilo del Rosario con ayuda del poeta y actual Cronista de la Villa, Chano Sosa. De los años 50 a los 80, el autor de mis días modeló unos catorce papagüevos, entre los que figuraban magníficas caricaturas de tipos populares y entrañables como *El Pupulo*, *La Pelica*, *Lolo el de Carila*, *Vicentillo* y *Megui*. En la actualidad sigue la misma línea don Rosendo Martín García, confeccionándolos con magistral arte, al cual animamos para que no se pierda esta originalidad.

Hemos de fomentar y transmitir estas costumbres que dan tanto carácter y personalidad a nuestra fiesta.

Podemos afirmar, porque lo contaron nuestros padres y nuestros abuelos, que desde entonces fue una ofrenda floral y vegetal que los devotos de la Virgen de Las Nieves realizaban como cumplimiento de promesas y no más. La bailaba exclusivamente un pequeño número de hijos del pueblo, y a nadie más se le ocurría participar –aunque nadie lo impedía- porque hubiera parecido un "relajo" y hasta una falta de respeto. Y esto lo vimos y lo vivimos los que todavía no contamos sesenta años.

Ya no se puede pretender que todo el que baile La Rama lo haga como una promesa. Aquello era un acto consciente, de profundas convicciones religiosas católicas y marianas, de una finura ingenua y espontánea en su ejecución y de una enorme trascendencia espiritual en sus consecuencias. Todo ha cambiado.

La tradición no es encerrarse en un conservadurismo a ultranza, sino tomar el pasado y proyectarlo hacia el futuro, enriqueciéndolo con novedades que no prostituyan las esencias.

Pero hay que estar vigilantes, porque hay que decirlo claro: Existen pretensiones que buscan, bajo pretextos eruditos de un anacronismo y estético, suprimir paulatinamente, bajo un baño de masas,

quinientos años de civilización hispánica y católica. De ahí las pintadas que suelen aparecer en la ruta del norte a primeros de agosto; de ahí la calculada danza de banderas estratégicamente repartidas en La Rama, "*con siete estrellas verdes, con siete estrellas verdes, ¡ay, mamá!, bandera tricolor*". Y La Rama no se debe utilizar para eso.

No es de extrañar que ante esta y otras pretendidas instrumentaciones del desarraigo, el día 4 de agosto, los paisanos que no hemos perdido la memoria de lo que fueron nuestras fiestas hasta hace unas pocas años, cerremos nuestras casas y temamos la vorágine humana que se nos viene encima y nos deja el pueblo sucio y el ánimo pringado de sensaciones extrañas.

Es de nuestra responsabilidad como agaetenses, salvaguardar lo que se pueda, entre otras cosas porque nuestras fiestas se han hecho pantalla y signo de nuestra identidad y también, en cierto modo, de la identidad canaria en general.

En cómo hacerlo estriba el *quid* de la cuestión. Creo que es materia de cultura y de formación. Cultura y formación que a nosotros, los mayores, nos fue dada de manera natural, y la asumimos, y por eso la tenemos incrustada en nuestra alma de forma placentera pero doliente.

Es absurdo, sin embargo, que aquéllas vivencias se nos escondan en un rinconcito del corazón para lamentarnos con comparaciones estériles entre aquéllos y estos tiempos.

Con exactitud y precisión hemos de tener claros los conceptos de la realidad de las Fiestas, y de acuerdo con ese convencimiento vivirlas después. Las personas que no actúan según piensan, acaban pensando como actúan. Y eso es lo que nos está pasando. Aquélla memoria tenemos el deber y la necesidad de transmitirla a nuestros hijos como una enseñanza viva.

Tenemos que enseñarles a nuestros hijos que La Rama hay que ir a buscarla por lo menos a El Calvario, que hay que bailarla suelto y sin desnudarse, que para divertirse no hay que estar borracho o drogado; que han de estar vigilantes para impedir que los foráneos



Ilustre Ayuntamiento de la Villa de Agaete
CONCEJALÍA DE CULTURA Y FIESTAS

